

LIBROS

Saul Bellow:
Un judío
de Chicago

Con matemática precisión, año tras año, como si nada ocurriera en el mundo, la Academia Sueca sigue haciendo de Papá Noel de la cultura occidental. Los succulentos beneficios extraídos de la fabricación de explosivos, y que la mala conciencia de Alfred Nobel desvió hacia fines culturales y filantrópicos, siguen sirviendo para alimentar un premio crecientemente desacreditado, cuyos ambiguos orígenes simbolizan excelentemente la hipocresía occidental. Porque, si bien se mira, el área geográfica y política donde nos ha tocado vivir tiene un signo más adecuado en esa combinación de bombas y buenos sentimientos con que nacieron los premios de la Fundación Nobel.

Así las cosas, en este año tampoco nos ha tocado. Ni Jorge Guillén, ni Vicente Aleixandre, ni Cortázar, ni García Márquez, que parece eran los nombres que se manejaron con más frecuencia en estos últimos doce meses. Ni Borges, claro. A lo mejor, algún diablillo inquieto tuvo a bien comunicar a los señores académicos los desafíos políticos del autor de "Ficciones". Una cosa es dar el Premio Nobel de Economía al cerebro económico del golpe de Estado que derribó a Allende y otro dársele a un caduco apologista de Pinochet. Indudablemente, hay que conservar las "good manners" cueste lo que cueste. Los pueblos hispanoparlantes pertenecen al área dependiente del hemisferio occidental. Con un premio de vez en cuando, basta. Conviene no enviarse. Este año el completo lo ha hecho USA, que para algo es quien manda.

Por supuesto, Saul Bellow no tiene la culpa de que le hayan dado el Premio Nobel. Pese a ello, es un excelente escritor. Este judío de Chicago, nacido accidentalmente en Quebec, sesentón, casado con una joven y -se-

gún dicen- casi genial matemática, es hoy uno de los grandes escritores norteamericanos, para algunos incluso el mayor novelista surgido después de la muerte de William Faulkner. Con Mailer, Roth, J. D. Salinger, Bruce Jay Friedman y Malamud forma ese grupo de escritores judíos que tienen un papel central en los últimos desarrollos de la literatura norteamericana de los años cincuenta para acá.

Bellow es uno de esos novelistas cuya obra, ni prodigiosa ni genial pero sólidamente pensada y realizada, da un mentis constante a todas esas Casandras de

refinado, ironista. A través de sus intelectuales judíos de la clase media, Bellow radiografía a una parte por lo menos de la plebética sociedad norteamericana. Bellow no rechaza de plano la sociedad en que vive, pero se distancia de ella. Su distanciamiento es el del universitario distinguido, inteligente, molesto por la vulgaridad apabullante de la vida de su país, que disimula su hastío leyendo a Spinoza y escuchando a Bach.

En muchos aspectos, Saul Bellow es el paradigma del intelectual judío norteamericano. Antiguo inconformista, "radical" en



Saul Bellow.

la crítica académica cuyo gran tema es especular, en voluminosos ensayos, sobre la muerte de la novela. Desde 1944 en que publicó "The Dangling Man", Bellow viene demostrando con su práctica literaria -él, como otros muchos- todo lo contrario. Bellow no es escritor fecundo, pero sus novelas han tenido la virtud de llegar en el momento oportuno y no defraudar nunca: "The Dangling Man" (1944), "The Adventures of Augie March" (1953), "Henderson the Rain King" (1959), "Herzog" (1965), "Mr. Sammler's Planet" (1970) son sus novelas más importantes, exponentes del talento de un excelente escritor de tipo medio, enormemente culto,

algun momento, ha terminado entrando suavemente en el orden. Su dudosa actitud durante la guerra de Vietnam -permitió, cuando otros escritores lo rechazaban de plano, que Johnson lo llevara a cenar a la Casa Blanca en pleno genocidio vietnamita-, su escepticismo elegante, su liberalismo templado responden bien a los intereses de su clientela: la clase media ilustrada norteamericana, la que no saca el revólver cuando escucha la palabra cultura, sino que ha sabido integrarla como un producto más, más caro y más selecto que otros, es cierto, en su peculiar "concepción del mundo". Que Bellow sea superior a su clientela no le exime de nada. Como

muchos intelectuales judíos norteamericanos, formó parte de la "sal de la tierra", de la "intelligentsia crítica" que dio las mejores batallas culturales en su país en las décadas de los cuarenta y cincuenta. Luego, la "guerra fría" los congeló. Algunos empezaron a salir del congelador en los primeros tiempos de la era de Kennedy. Otros se han quedado dentro, cómodamente instalados.

Contra lo que dijo algún locutor de televisión, Bellow es un escritor ampliamente traducido, si no conocido, en España. Que un recuerdo, las primeras traducciones al castellano de Bellow se hicieron en América Latina, y fueron las de "Las aventuras de Augie March" y "Henderson el rey de la lluvia". En nuestro país, Bellow llegó de la mano de aquel excelente conocedor de la literatura norteamericana que se llamó Rafael Vázquez Zamora. "Herzog" fue -si no nos equivocamos- la primera novela suya publicada en España, allá por 1966, aproximadamente. La publicó Destino y tuvo un discreto éxito. Tanto es así, que la novela circula ahora en ediciones de bolsillo. Luego aparecieron, siempre en la misma editorial, "Las memorias de Mosby y otros relatos" y "El planeta de Mr. Sammler". Es decir, que esta vez no pilla desprevénidos a los editores el Premio Nobel. Basta con coger los libros de Bellow que andan por ahí y ponerles la consabida faja "Premio Nobel 1976". Y empezar a vender, por lo menos hasta que la gente se olvide.

A un lector español, el mundo de Bellow acaso le quede muy lejano, pero no por eso dejará de percibir el encanto de su obra. Leer a Bellow es como ver una de esas estupendas películas norteamericanas que quizá no pasan a la historia del cine, pero cuya soberbia ejecución, cuyo perfecto pulso narrativo entretienen y a la larga resultan más inolvidables que otros productos nacidos con el sello ficticio de la perdurabilidad. Más allá de su individualismo sutil y exasperante, "Herzog", "Henderson el rey de la lluvia" o "Las aventuras de Augie March", nos muestran a esa Norteamérica que los norteamericanos no gustan enseñar a las visitas. Una Norteamérica que vive su prolongada agonía entre la opulencia, el miedo y la frialdad deshumanizada. ■ JAVIER ALFAYA.